

LOS JÓVENES Y EL CAMBIO

Nuestro mundo es un mundo en proceso de cambio. Esta frase se ha convertido hoy en un lugar común. No sin duda porque el fenómeno “cambio” sea nuevo o haya faltado alguna vez en el cosmos o en la historia -ya los antiguos griegos decían: Todo cambia, nada permanece- sino porque en nuestra época posee dos notas que lo destacan: 1) El cambio se ha hecho vertiginoso. El manso río de Heráclito se ha convertido en impetuoso torrente que no permite ninguna sedimentación y 2) Nosotros hemos tomado conciencia de él. No sólo de la realidad del cambio sino también de su necesidad como factor de vida y de crecimiento.

Los jóvenes tienen una especial sensibilidad para percibir la necesidad del cambio y un entusiasmo incansable para llevarlo adelante.

Por eso es interesante observar y analizar -aunque sólo sea superficialmente y dejando de lado muchos aspectos- la actitud de los jóvenes frente y en el cambio.

Dom Helder Cámara, arzobispo de Recife (Brasil), dirigiéndose a los jóvenes del “Student Christian Movement” en una alocución que seguiremos de cerca -aunque a veces nos apartemos de su pensamiento- ha señalado certeramente (quizás de manera algo unilateral) los siete pecados capitales del mundo contemporáneo: el racismo, el colonialismo, la guerra, el paternalismo, el fariseísmo y el miedo, “pecados que los jóvenes han identificado y repudiado”¹.

Resumiremos aquí la reacción de los jóvenes -se entiende que hablando en general, no en todos se da lo mismo- en estas cuatro proposiciones:

1. Los jóvenes no aceptan ninguna discriminación entre los hombres
2. Los jóvenes no aceptan ninguna opresión
3. Los jóvenes no aceptan ninguna coacción
4. Los jóvenes no aceptan ninguna forma de mentira.

1. Los jóvenes no aceptan ninguna discriminación entre los hombres

En nuestra época se da un fenómeno singular: al mismo tiempo que la propaganda y los medios de comunicación social, la técnica, el ritmo acelerado y la necesidad de simplificación crean una uniformidad que a veces nos oprime y nos ahoga, los hombres y los pueblos sienten, hoy más que nunca, la necesidad de ser “ellos mismos”, de que se reconozcan y se respeten sus singularidades. Nada más común que oír hablar de diversidad y de pluralismo.

Pero al mismo tiempo se ha tomado conciencia de la realidad de esa verdad que el Cristianismo ha venido repitiendo a través de los tiempos desde S. Pablo al Concilio Vaticano II: la igualdad esencial entre los hombres.

Por eso los jóvenes se rebelan contra cualquier “actitud que desprecie y oprima otra creatura humana bajo pretexto que es de raza y de color diferente” es decir, se rebelan contra la discriminación racial -ya sea entre blancos y negros, ya entre semitas y arios- pero también contra las diferencias de clases -qué ridículas nos parecen hoy ciertas actitudes ligadas a “títulos

¹ *La Documentation Catholique*, n° 1545, pp. 732-734.

de nobleza-“ contra la distribución desigual e injusta de las riquezas, las posibilidades, los medios de subsistencia, de acceso a la cultura.

Como dice Mons. Cámara “Los jóvenes no creen que” por el hecho de que los hombres son diferentes por su raza, su constitución física, su lugar de nacimiento, “se deba seguir fatalmente una separación, una discriminación, una injusticia cualquiera”. Creen en cambio firmemente que si se diera a aquellos hombres que viven en condiciones infrahumanas en razón de la injusticia de la que son víctimas... el mínimo en materia de educación, de salud y de trabajo, son capaces, con el amor de ir tanto o más lejos... en inteligencia, en cultura y en virtud”.

De esta “fe” en la igualdad del hombre se sigue un respeto y una valoración positiva de aquello que es peculiar a la idiosincrasia y al espíritu de cada pueblo, en la religión, en el arte, en las formas sociales y políticas: actitud que nos enriquece y dilata nuestros horizontes pero que a veces lleva a olvidar que hay una escala de valores y que una cultura es superior a otra en tanto está referida más adecuadamente a la perfección total de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad entera (cf. GS N. 59)

Este rechazo de toda discriminación trae consigo por parte de los jóvenes, un deseo -a veces más teórico que práctico, es cierto- de fraternidad universal, de acercamiento, una solidaridad con los oprimidos y los marginados, una simpatía hacia todos aquellos que tienen alguna reivindicación que hacer.

2. Los jóvenes no aceptan ninguna opresión

Si los hombres son iguales, si todos los pueblos tienen los mismos derechos en el plano internacional, es inadmisibles la dominación de un hombre por otro hombre, de un pueblo por otro pueblo, el colonialismo en el plano político y también en el plano económico porque “la independencia política sin independencia económica es prácticamente nula”.

El colonialismo ese en el plano internacional una forma de paternalismo, actitud que los jóvenes de hoy rechazan decididamente y con razón.

El paternalismo es, en una sociedad -dice Dom H. Cámara- es “esa actitud que abre todos los caminos a un estado de esclavos” porque “teme el despertar de las conciencias”. Pero el paternalismo no es sólo un pecado de las relaciones entre países desarrollados y países subdesarrollados, sino también un pecado de las pequeñas comunidades humanas, de las relaciones interpersonales.

El paternalismo es la actitud del que se siente fuerte, justo, superior y da generosamente, da lo que él desea dar y no admite que el que recibe rechace el don o exprese su necesidad de algo distinto de lo que se le da. El paternalista es el “mártir” de la ingratitud de aquellos que prefieren ser libres a ser ricos, a gozar de una posición privilegiada, a tener abiertos todos los caminos, siempre que no se sirvan de su inteligencia y de su voluntad. Y esto, lo repito, también en las familias, en las comunidades religiosas, en los pequeños grupos.

Los jóvenes rechazan todas las formas de paternalismo e intuyen con agudeza -y con espíritu crítico- la falsedad de ciertas actitudes de acogida o de benevolencia, falsedad no siempre consciente, por otra parte. Pero este rechazo los lleva, a veces, a no aceptar ninguna verticalidad en las relaciones humanas.

Hemos descubierto la fraternidad, lo que hoy se llama las relaciones horizontales, pero hemos olvidado quizás que solo son hermanos aquellos que tienen un padre, una madre común; un Padre en los cielos, un Padre en la familia, un padre en el monasterio.

Debemos inventar la vida cada día, pero necesitamos un punto de partida. Sólo Dios crea de la nada. Y los jóvenes muchas veces quisieran construirlo todo partiendo de cero: sus vidas, su personalidad, su cultura, sus asociaciones, etc.

Pero no culpemos solamente a los jóvenes de este rechazo, él se justifica frente a los que están dispuestos a luchar hasta la muerte -¡y con que virulencia!- para mantener sus privilegios, para defender su “justicia”. Y no sólo frente a ellos, sino también frente a aquellos que, deseando a toda costa alejar de sí toda acusación de paternalismo, deponen todos los títulos, reniegan de toda autoridad, eluden cualquier responsabilidad y afirman que sólo desean caminar en las filas de sus hermanos, y a veces, si es posible, ser llevados por ellos.

Quizás unos y otros y también los jóvenes hayan olvidado que, como lo dice san Benito y también el Vaticano II, se trata más de ser útil que de mandar; más aún, quizás hayan olvidado que la esencia de la paternidad -de la que el paternalismo es una desviación- no es la autoridad, ni siquiera el servicio, sino la comunicación de la vida. La autoridad, el ascendiente moral, intelectual, etc. no son sino consecuencias y como tales sólo se dan cuando existe la causa. En la medida que la comunicación de la vida sea más plena, más creadora, la autoridad será más firme, el ascendiente más enriquecedor, en una mutua comunicación que no daña la libertad porque tiene su fuente en el amor.

3. Los jóvenes no aceptan ninguna coacción

He hablado de la libertad. Llegamos así a la tercera actitud de rechazo por parte de los jóvenes. Y esta actitud alcanza tanto a las presiones económicas y a la guerra como a las leyes sociales y morales que parecen limitar su libertad y a las estructuras que dictan y protegen estas leyes.

El mundo debe ser el reino de la “espontaneidad”. Todo lo que no es espontáneo no es auténtico. Es claro que “espontáneo” para ellos suele ser lo que procede sin trabas de las pasiones, de los gustos, de las inclinaciones y, por qué no, del buen o del mal humor, y así lo que pretende ser una liberación no es sino la antigua esclavitud de la que nos habla san Pablo. Este mismo rechazo de toda limitación conduce a las crisis de obediencia tan comunes en nuestros días.

4. Los jóvenes no aceptan ninguna forma de mentira

En primer lugar la mentira del fariseísmo. Dice Mons. Cámara: “Los jóvenes están contra todas las manifestaciones de fariseísmo, contra los puritanos que en sus familias, reclaman una moralidad que son los primeros en quebrantar, contra esas gentes que pretenden ser religiosas, que hacen gran alboroto alrededor de la sexualidad pero que están desprovistos de esa caridad sin la cual la pureza se hace agresiva y farisaica”.

“Los jóvenes se revelan en particular, contra el fariseísmo internacional, ya provenga de los países capitalistas como de los países socialistas. El capitalismo aunque pretende ser el campeón del individuo y de la libertad, es egoísta, no piensa más que en él, es cruel. Hace mucho caso de la religión cuando ella sostiene sus propios intereses, pero la ataca y la persigue cuando lucha por el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres...”.

“En cuanto al marxismo, se gloria de ser el único humanismo auténtico. En la práctica, las superpotencias que afirman inspirarse en Marx son tan frías y egoístas como sus rivales capitalistas. No admiten el pluralismo en el mundo socialista, temen la inteligencia, la libertad, la creatividad, y la originalidad cuando ellas no se conforman a los preceptos rígidos del partido, son militaristas hasta el extremo y las guerras que desencadenan no son en manera alguna diferentes de las guerras capitalistas”.

Los jóvenes no aceptan ningún doblez. Mi pequeña experiencia me ha mostrado que los jóvenes son capaces de sentir un profundo respeto hacia aquellas personas cuyas ideas no comparten, cuando sus vidas son humildes y coherentes. En cambio la incoherencia suele despertar en ellos la amargura y la agresividad, pienso que tal vez porque los desorienta, los defrauda y los lastima en su búsqueda -consciente o inconsciente- de la verdad.

Esta misma búsqueda de la verdad los lleva a rechazar lo que Mons. Cámara llama “una sociedad alienada”, es decir una sociedad ausente del momento histórico que vivimos *hic et nunc*. Una sociedad que pretende mantener los cuadros políticos, religiosos, educacionales que otras épocas crearon para responder a sus necesidades pero que ya no son útiles a la nuestra.

Los movimientos universitarios -muy politizados, es cierto, en algunos casos y “teledirigidos” con el fin de crear un estado de agitación- responden a una necesidad real de adaptación, más aún, de completa renovación de la vida universitaria.

Las múltiples tentativas de acercamiento y de diálogo, la multiplicación indefinida de las reuniones, de los grupos de reflexión, de los encuentros, señalan la búsqueda, -no siempre conducida a buen fin- de una mayor verdad y un mayor amor en las relaciones entre los hombres.

Tendría que hablar también del temor que los jóvenes sienten frente a la soledad que los, lleva a rechazar toda separación y aislamiento y a buscar la amistad, el diálogo, el encuentro, todas las formas de poner en común. Tendría que hablar de muchas otras actitudes que son propias de los jóvenes de hoy, como el lirismo, la amargura, los excesos de los *hippies* que menciona el Obispo brasileño pero me limitaré a lo que ya he señalado: cuatro actitudes de rechazo, es decir, cuatro actitudes negativas que en nuestra América Latina, sobre todo en los grupos universitarios y obreros se manifiestan muchas veces de una manera violenta, menos lírica que la de los *hippies* norteamericanos e ingleses pero en general no menos romántica, con un neoromanticismo tan irracionalista a veces como el de los siglos pasados.

Los jóvenes exigen, sin dilación y sin matices, un cambio radical de las estructuras a las que consideran el origen de los siete pecados capitales.

El cambio, la necesidad del cambio, la urgencia del cambio, como ya lo dijimos, es un signo de los tiempos, de nuestro tiempo. Signo que no sólo debemos observar sino también interpretar como lo señala un filósofo contemporáneo: “Un acontecimiento histórico es signo en la medida en que se puede leer en (al lo que está en camino de hacerse, como se discierne por el aspecto de la yema la proximidad de la flor, no por una relación extrínseca sino porque aquella prepara a ésta realmente” (cf. *Mt* 24,32; *Jn* 4,35; etc.)

Todo cambio supone algo que hay que dejar para adoptar otra cosa. “El tiempo que es génesis de novedad implica correlativamente la caducidad”.

¿Qué es entonces lo que se debe cambiar?

Son los jóvenes precisamente los que nos señalan esos elementos que necesitan una renovación, porque no se trata sólo de cambiar lo que en una sociedad o civilización está viciado, envejecido, caduco, sino de hacer algo nuevo.

Los jóvenes tienen razón, pero no siempre saben encontrar el camino. Me atrevería a decir que el que muchos de ellos han emprendido los conducirá a la decepción que producen las falsas soluciones.

Algunos caminos

Lo más corriente en las publicaciones de nuestros días es plantear los problemas, señalar los defectos y dejar pendientes las soluciones. Es lo más fácil. Pero como lo ha señalado el Cardenal Suenens: “Se deben precisar las finalidades y hay que ofrecer contenidos válidos a las aspiraciones de la juventud de hoy”.

Dom H. Cámara dice a los jóvenes: “Es bueno que os pongáis a los siete pecados capitales de hoy, Pero vosotros podéis, vosotros debéis ir más lejos” y les da algunas orientaciones. Los invita a crear un mundo nuevo donde las distintas razas se respeten mutuamente, se asocien y se unan como hermanos, los exhorta a modificar el sistema actual de comercio internacional, a eliminar el neocolonialismo y a promover el desarrollo de la humanidad entera.

Sin negar la validez y la urgencia de estas metas, me parece que no responden totalmente al deber señalado por el cardenal belga y esto por dos razones: porque permaneciendo en el plano puramente socio-económico no van al fondo, a la raíz de los males y por lo tanto difícilmente producirán resultados seguros y duraderos y porque, así expresados, superan las posibilidades de acción de la mayoría de los jóvenes.

Por eso trataré aquí no de dar soluciones -darlas significaría poseerlas- sino de indicar el que me parece que puede ser un camino para hallarlas.

Creo que en primer lugar debemos ayudar a los jóvenes, ayudarles a buscar las soluciones y ayudarles a descubrir la paciencia, esa paciencia que no es inactividad ni conformismo sino espera de crecimiento y maduración. Debemos, nosotros y ellos, tener la fuerza de detenernos, de no dejarnos arrastrar, y con serenidad, con quietud, mirar dentro de nosotros mismos, mirar dentro de las cosas y de la historia, tener, como tenían los profetas, “la inteligencia de la intención divina en su acción creadora” para poder así, desde el interior, desde el ser de las cosas y de la historia tendidas hacia el futuro porque el Padre las atrae a sí, recrearlas, redimir las de los pecados que hemos señalado, conscientes, sin embargo, de que, mientras peregrinemos en esta tierra, nunca estaremos completamente libres de ellos.

“La principal renovación -dice el Papa Pablo VI- es interior y personal”. Debemos pues comenzar por un cambio en nosotros mismos. San Pablo nos indica el camino: “... No os configuréis al mundo presente sino transformaos por la renovación de vuestra mente” (*Rm 12,2*)

Pienso que si nos adentráramos en este texto riquísimo nos liberaríamos de la vanidad -en el sentido bíblico- de las soluciones fáciles y de las sonoras declaraciones.

“No os configuréis al mundo presente” nos dice san Pablo. Es decir, no os hagáis conformes a la apariencia que pasa (*sysjematídsesthe*), no modeléis vuestras inteligencias y vuestros corazones según los *slogans* de la propaganda, no entreguéis vuestros esfuerzos a ideologías falaces que pretenden servir al hombre y en realidad lo mantienen en la sujeción y en la esclavitud, a veces política y económica pero también psicológica y afectiva, “sino transformaos (*metamorfusthe*) por la renovación (*anakainosei*) de vuestra mente”. Se trata de una metamorfosis, más aún, de una “metanoia”, de una conversión de la mente, de un cambio pero un cambio que supone un rehacer (esto es lo que indica la partícula “ana”) No se trata de cambiar los dioses egipcios del poder y la riqueza por los *baales* cananeos de la sensualidad y la violencia, sino de convertirse de los ídolos, es decir, de lo que no es lo que parece, de lo que no tiene consistencia ni vida al Dios vivo y verdadero por un hacer nuevo, nuevo en su ser (*kainós*) el espíritu de nuestra mente (cf. *Ef 4,23*).

¿Cómo se hará para nosotros cristianos, y a través nuestro para todos los hombres, esta renovación, esta transformación, esta *metanoia*?

Por un abrirnos, un renunciar a nuestras seguridades y también -¡ah, si, lo comprendiéramos!- a nuestras inseguridades. Un dejarnos interpelar verdaderamente y un dejarnos guiar por la Palabra de Dios y de la Iglesias. Este doble movimiento constituye la dialéctica de nuestra conversión: la Palabra, como espada de dos filos debe penetrar hasta la división del alma y del espíritu, pero allí debe hacerse luz y energía.

Si nos renováramos en el espíritu de nuestra mente podríamos dar a los jóvenes el testimonio de nuestra coherencia y entonces ellos nos escucharían y se renovarían a su vez, o empezarían a hacerse en la verdad, aprenderían a inclinarse sobre la ley perfecta de la libertad y a crecer en la donación de un amor auténtico y adulto. Comprenderían que lo realmente importante, lo que puede transformar el mundo, librarlo de la injusticia, de la división, del miedo, de la mentira, es llegar a ser hombre nuevo, re-creado, transformado en la justicia y la santidad de la verdad.

Creo firmemente que en este momento -momento precioso del mundo y de la historia, momento en el cual quizás como nunca desde que llegó la plenitud de los tiempos, se oyen los gemidos por los dolores del parto- la búsqueda de los jóvenes -porque los jóvenes son por excelencia los que buscan- no será estéril. Florecerá y dará un fruto de santidad, santidad cuyas formas aun no podríamos dibujar, que quizás no hemos hallado, pero que será sin duda como ha sido siempre, cristo en nosotros, esperanza de gloria.

*Santa María Madre de la Iglesia
Montevideo - Uruguay*